LA ORACIÓN

por el

Beato Columba Marmion

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/. Recaredo, 44 - 41003 Sevilla

Este libro del Beato Columba Marmión es una separata de su gran obra titulada: *"Jesucristo Vida del Alma"*.

La Oración

SUMARIO. – Importancia de la oración: la vida de oración es transformante – I. Naturaleza de la oración: conversación del Hijo de Dios con su Padre celestial bajo la influencia del Espíritu Santo. – II. Doble elemento que debe fijar el camino de esta conversación: la medida de la gracia de Cristo; suma discreción que debe observarse a este propósito; doctrina de los principales maestros de la vida espiritual; el método no es el mismo que la oración. – III. Segundo elemento: estado del alma. Las distintas fases de la vida de perfección caracterizan, de una manera general, los diversos grados de la vida de oración. Trabajo discursivo de los principios. – IV. De cuánta importancia sea en la vía iluminativa la contemplación de los misterios de Cristo: el estado de oración. – V. La oración de fe; la oración extraordinaria. – VI. Disposiciones indispensables para hacer fructuosa la oración; pureza de corazón, recogimiento del espíritu, abandono, humildad y reverencia. – VII. Sólo la unión con Cristo por la fe puede hacer fecunda la vida de oración; alegría que se origina para el alma.

Tan grande es el deseo que tiene Nuestro Señor de darse a nosotros, que multiplicó los medios de llevarlo a cabo; juntamente con los varios sacramentos, nos ha señalado la oración, como fuente de la gracia. Es evidente que los sacramentos, como se ha indicado repetidas veces en el transcurso de estas conferencias, producen la gracia por el hecho mismo de ser aplicados al alma que no pone óbice a su acción.

La oración, de suyo, no tiene una eficacia tan intrínseca; mas no nos es por eso menos necesaria que los sacramentos para conseguir la ayuda divina. Vemos, en efecto, cómo Jesucristo durante su vida mortal hace milagros movido por la oración. Un leproso se le presenta: «Señor, tened compasión de mí», y le cura. Condúcenle un ciego, y le dice: «Señor, haced que vea», y Nuestro Señor le devuelve la vista. Marta y Magdalena le dicen: «Señor: si hubieseis estado aquí, no hubiera muerto nuestro hermano», y a esta súplica contesta el Señor con la resurrección de Lázaro.–Son éstos favores temporales, pero también la gracia se alcanza con la oración. «Señor, le dice la Samaritana, dadme esa agua viva, de que sois fuente, y que procura la vida eterna», y Cristo

se descubre a ella como el Mesías, y la induce a confesar sus faltas para perdonárselas. Clavado en la cruz, pídele el buen Ladrón que se acuerde de él, y el Señor le concede perdón absoluto: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso.»

Por otra parte, Nuestro Señor mismo nos ha inculcado esta manera de impetración: «Pedid, y recibiréis; llamad, y se os abrirá; buscad, y encontraréis.»[1]. «Todo cuanto pidiereis a mi Padre, en nombre mío, es decir, poniéndome por intercesor, os lo concederá.»[2]. Asimismo, san Pablo nos exhorta a hacer en todo tiempo continuas oraciones y súplicas poniendo por intercesor al Espíritu Santo[3].

Es, pues, evidente, que la oración vocal de impetración resulta un medio muy poderoso para atraernos los dones de Dios.

Pero lo que ahora deseo inculcaros es la oración mental, la «oración». Es asunto de suma importancia el que vamos tratar.

La oración es uno de los medios más necesarios para efectuar aquí en la tierra nuestra

---

1. MATT., VII, 7.
2. JOAN., XVI, 23.
3. EPHES., VI, 18.

unión con Dios y nuestra imitación de Jesucristo. El contacto asiduo del alma con Dios en la fe por medio de la oración y la vida de oración, ayuda poderosamente a la transformación sobrenatural de nuestra alma. La oración bien hecha, la vida de oración, es transformante [4].

Más aún; la unión con Dios en la oración nos facilita la participación más fructuosa de los otros medios que Cristo estableció para comunicarse con nosotros y asemejarnos a Él. – ¿Por qué esto? ¿Es acaso la oración, más eminente, más eficaz, que el santo sacrificio, que la recepción de los sacramentos, que son los canales auténticos de la gracia? Ciertamente que no; cada vez que nos acercamos a estas fuentes, sacamos un aumento de gracia, un crecimiento de vida divina; pero este crecimiento depende, en parte al menos, de nuestras disposiciones.

Ahora bien, la oración, la vida de oración, conserva, estimula, aviva y perfecciona los sen-

---

4. "Un alma no puede jactarse de ser imagen interior de Jesús, si no es lo que se llama un alma de oración. La forma importa muy poco, pero el hecho en sí es indispensable." Mgr. Gay: *Instructions en forme de retraite,* c. XIII.

timientos de fe, de humildad, de confianza y de amor, que en conjunto constituyen la mejor disposición del alma para recibir la abundancia de la gracia divina. Un alma familiarizada con la oración saca más provecho de los sacramentos y de los otros medios de salvación que otra que se da a la oración sin vigor ni perseverancia. Un alma que no acude fielmente a la oración, puede recitar el oficio divino, asistir a la Santa Misa, recibir los sacramentos y escuchar la palabra de Dios, pero sus progresos en la vida espiritual serán con frecuencia insignificantes: Por qué? – Porque el autor principal de nuestra perfección y de nuestra santidad es Dios mismo, y la oración es precisamente la que conserva al alma en frecuente contacto con Dios: la oraéión enciende y mantiene en el alma una como hoguera, en la cual el fuego del amor está, si no siempre en acción, al menos siempre latente; y cuando el alma se pone en contacto directo con la divina gracia, verbigracia, en los sacramentos, entonces, como un soplo vigoroso, la abrasa, levanta y llena con sorprendente abundancia. La vida sobrenatural de un alma es correlativa a su unión con Dios, mediante la fe y el amor; debe, pues, este amor exteriorizarse en actos, y éstos, para que apa-

rezcan de una manera regular e intensa reclaman la vida de oración. En principio, puede decirse que, según las vías ordinarias, nuestro adelantamiento en el amor divino depende prácticamente de nuestra vida de oración.

Determinemos, pues, qué es oración, es decir, cuál es su naturaleza, y cuáles sus grados; luego, qué disposiciones exige para producir todos sus frutos.

Inútil es advertir que no trato de desarrollar aquí un tratado sobre la oración; existen y muy buenos; quiero, simplemente, tocar algunos puntos esenciales en consonancia con la idea central de estas conferencias: nuestra adopción sobrenatural en Cristo Jesús, que nos hace vivir por su gracia y su Espíritu.

I

¿Qué es oración?

Digamos que es *una conversación del hijo de Dios con su Padre celestial.* Notad las palabras «*conversación* del hijo de Dios»: las he puesto con toda idea. Se encuentran a veces hombres que no creen en la divinidad de Cristo, como ciertos deístas del siglo XVIII, como

aquellos que, en tiempo de la Revolución, establecieron el culto del Ser Supremo, e inventaron oraciones a la «Divinidad»: pensaron, quizá, deslumbrar a Dios con sus oraciones; pero todo era vano juego de un espíritu puramente humano, que Dios no podía aceptar.

No es así nuestra oración. No es una conversación del hombre, simple criatura, con la divinidad, sino una conversación del Hijo de Dios con su Padre celestial para adorarle, alabarle, manifestarle su amor, tratar de conocer su voluntad, y obtener de Él la ayuda necesaria para cumplirla.

En la oración nos presentamos a Dios en calidad de hijos, calidad que constituye esencialmente nuestra alma en el orden sobrenatural. Sin duda alguna, no debemos jamás olvidar nuestra condición de criaturas, es decir, nuestra nada; pero el punto de partida, o, por mejor decir, el terreno sobre el que debemos colocarnos en nuestras relaciones con Dios, es el terreno sobrenatural; en otros términos: es nuestra filiación divina, nuestra calidad de hijos de Dios por la gracia de Cristo; la que debe condicionar nuestra actitud fundamental y, por decirlo así, servirnos de hilo conductor en la oración.

Veamos cómo san Pablo aclara este punto. «No sabemos, dice, lo que debemos pedir a Dios en la oración según nuestras necesidades, pero el Espíritu Santo levanta nuestra flaqueza; Él mismo ruega por nosotros con gemidos inenarrables» [5]. Luego, dice san Pablo en el mismo lugar, este Espíritu que debe rogar por nosotros y en nosotros es «el Espíritu de adopción, que testifica que somos hijos de Dios y sus herederos, y que nos hace clamar a Dios: «Padre, Padre» [6]. Este Espíritu nos fué dado después que, llegada la plenitud de los tiempos, nos envió Dios a su Hijo para concedernos la adopción de hijos [7]. Y porque la gracia de Cristo nos hace sus hijos, «Dios envió también a nuestros corazones el Espíritu de - su Hijo, que nos autoriza a rogar a Dios como a un Padre [8]. Y es que, en verdad ya no somos extranjeros, ni huéspedes de paso, sino miembros de la familia de Dios, de aquella mansión de la que Jesucristo es piedra angular» [9].

---

5. Rom., VIII, 26.
6. Rom., VIII, 15.
7. Gal., IV, 4-5.
8. *Ibíd.*, 6. — Cf. RªZ., VIII, 15; II Cor., I, 22.
9. Ephes., II, 20

Así, pues, el Espíritu que recibimos en el Bautismo, en el sacramento de nuestra adopción divina, es el que nos hace clamar a Dios: «Vos sois nuestro Padre.» ¿Qué quiere decir esto sino que, como consecuencia de nuestra filiación divina, tenemos el derecho y el deber de presentarnos ante Dios como sus hijos?

Escuchemos a Nuestro Señor mismo. Él vino para ser la «luz del mundo» y sus palabras, «llenas de verdad», nos indican «el camino» [10].

Sentado junto al pozo de Jacob, Jesús conversa con la Samaritana [11]. En Él ha reconocido esta mujer un profeta, un enviado de Dios: luego le pregunta (lo que era objeto de vivo altercado entre sus compatriotas y los judíos) si Dios debía ser adorado sobre las montañas de Samaria o en Jerusalén. ¿Qué contesta Cristo? «Mujer, créeme: llega la hora en la que, vosotros no adoraréis al Padre ni aquí, ni en Jerusalén; llega la hora, más bien, ya es llegada, en la que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque el Padre busca tales adoradores.» Notad cómo

---

10. JOAN., VIII, 12; XIV, 6.
11. *Ibíd.*, IV, 5 y sigs.

Jesucristo pone de relieve el nombre de Padre. – En Samaria, como es sabido, se adoraban los falsos dioses, y por eso Cristo dice que hay que adorar «en verdad» es decir, al Dios verdadero; en Jerusalén se adoraba al verdadero Dios, pero no «en espíritu»: la religión de los judíos era completamente materialista en su expresión y en su fin. – Fue el Verbo encarnado quien inauguró, «y es ahora», la nueva religión, la del verdadero Dios adorado en espíritu, en el espíritu de la verdadera adopción divina, sobrenatural, espiritual, que nos hace hijos de Dios, por cuyo motivo Nuestro Señor insiste sobre la expresión de Padre: *«Los verdaderos adoradores* adorarán *al Padre* en *espíritu* y en *verdad.»* Sin duda alguna, siendo nosotros hijos adoptivos y haciéndonos Dios sus hijos, en nada disminuye su divina majestad ni su sabiduría absoluta, y debemos adorarle, anonadarnos ante Él; pero debemos adorarle en verdad y en espíritu, es decir, en verdad y espíritu de orden sobrenatural, por el cual somos hijos suyos.

Nuestro Señor se expresa con mayor claridad en otro lugar. Con la Samaritana sienta, por decirlo así, el principio: a sus discípulos les da el ejemplo: «Un día, dice san Lucas,

estaba en oración, y cuando hubo terminado, uno de sus discípulos dijo: «Señor, enséñanos a orar.» [12]. ¿Cuál fue la respuesta de Jesús? «Cuando orareis, orad así: Padre nuestro, que estás en los cielos; santificado sea tu nombre...» No olvides esto: Nuestro Señor es Dios; como su Verbo está siempre «en el seno del Padre»; nadie conoce, pues, perfectamente cuánto precisamos decir a Dios, o pedirle para ser los «verdaderos adoradores que Dios busca»; conoce también perfectamente cómo debemos comparecer en presencia de Dios para conversar con Él, para agradarle; lo que enseña nos lo dice, porque no puede revelar sino lo que ve [13]. Y nosotros podemos y debemos escuchar lo que nos dice: Él es el camino que hay que seguir sin zozobra; el que le sigue «no anda en tinieblas.» [14]. Ahora bien, ¿cómo se expresa Jesús cuando quiere enseñarnos esta ciencia de la oración, que declaró ser tan necesaria, que «continuamente debemos practicarla»? [15]. Empieza señalando el título que

---

12. LUC., XI, 1 y sigs.
13. JOAN., I, 18.
14. *Ibíd.*, VIII, 12.
15. LUC., XVIII, 1.

debemos dar a Dios, antes de presentarle nuestras ofrendas; ese título, que es como la dirección, o mejor dicho, que indica el carácter que debe tener nuestra conversación, y sobre el cual reposan las peticiones que han de seguir; el título que nos indica la actitud de nuestra alma en presencia de Dios. ¿Cuál es ese título? «Padre nuestro».

Recogemos, pues, de los propios labios de Cristo, del Hijo muy amado, en el cual Dios puso todas sus complacencias, esta preciosa indicación de que la primera y fundamental disposición que debe mediar en nuestras relaciones con Dios es la de un hijo en presencia de su padre. Sin duda –repito una vez más, por ser este punto de mucha importancia–, este hijo no olvidará jamás su primera condición de criatura caída en el pecado y que conserva en sí un germen de pecado que puede separarle de Dios, porque el que es nuestro Padre «habita en los cielos» y es al propio tiempo nuestro Dios. «Ved aquí, decía Nuestro Señor al despedirse de sus discípulos, que vuelvo a mi Padre, que es también el vuestro, a mi Dios, que es también el vuestro» [16]. Por este motivo acompa-

16. JOAN., XX, 17.

ñarán siempre al Hijo de Dios una profunda reverencia y una gran humildad; suplicará que le sean perdonados sus pecados, no caer en la tentación y ser librado del mal, y coronará aquella humildad y reverencia con una inquebrantable confianza –porque «todo don de perfección desciende de arriba del Padre de las luces» [17]–, y con un tierno amor, amor del Hijo a su Padre, y Padre a quien ama [18].

Es, pues, la oración como un perfecto reflejo de nuestra vida íntima de hijos de Dios, como el fruto de nuestra filiación divina en Cristo; como el desarrollo espontáneo de los dones del Espíritu Santo. Por esto es tan vigorosa y tan fecunda. El alma que se da regularmente y con método a la oración, saca de ella gracias inefables que la transforman poco a

---

17. Jac., I, 17.

18. Llevada, por decirlo así, sobre las alas de la fe y de la esperanza, el alma remonta su vuelo hacia el cielo y se eleva hasta Dios. — Con acendrada piedad y profunda veneración, expone a Dios con entera confianza todas sus necesidades, *cual lo haría único al más amado de los padres.* — Catecismo del Concilio de Trento, 4.ª parte, capítulo I. — "Dios os manda presentaros ante Él, no con temor y temblando, como un esclavo ante su dueño, sino para refugiaros cabe Él *con toda libertad y con perfecta confianza, como un niño cerca de su padre. Ibíd,* cap. II.

poco, a imagen y semejanza de Jesús, Hijo único del Padre celestial. «La puerta, dice santa Teresa, por la que penetran en el alma las gracias escogidas, como las que el Señor me hizo, es la oración; una vez cerrada esta puerta, ignoro cómo podría otorgárnoslas.» [19].

De la oración saca el alma gozos que son como presagio de la unión celestial, de la herencia eterna que nos espera. «En verdad, decía Jesucristo, cuanto pidiereis de saludable a mi Padre en nombre mío, os lo concederá, para que vuestro gozo sea completo.» [20]. En esto consiste la oración mental: «trato íntimo de corazón a corazón entre Dios y el alma» [21].

Mas este trato o conversación del Hijo de Dios con su Padre celestial se verifica bajo la *acción del Espíritu Santo.* – En efecto, Dios, por medio del profeta Zacarías había prometido que, en la Nueva Alianza, «derramaría sobre las almas el espíritu de gracia y de oraciones» [22]. Este espíritu es el Espíritu Santo, el Espíritu de adopción, que Dios envía a los corazones de aquellos que tiene predestinados a

---

19. *Vida escrita por ella misma,* cap. VIII.
20. Joan., XVI, 24.
21. Santa Teresa, *Ibíd.;* cap. VIII.
22. Zach., XII, 10.

ser sus hijos en Cristo Jesús. Los dones que este Espíritu divino infunde en nuestras almas el día del bautismo, juntamente con la gracia, nos ayudan en nuestras relaciones con el Padre celestial. El don de temor nos llena de reverencia ante su divino acatamiento; el don de piedad regula, con el de temor, la ternura de un hijo a su padre; el don de ciencia presenta al alma con nueva luz las verdades de orden natural; el don de inteligencia la hace penetrar en las profundidades ocultas de los misterios de la fe; el don de sabiduría le da el gusto, el conocimiento afectivo de las verdades reveladas. Los dones del Espíritu Santo son disposiciones muy reales a las que no prestamos bastante atención; por ellos el Espíritu Santo, que mora en el alma del bautizado, como en un templo, le ayuda y guía en sus relaciones con el Padre celestial: «El Espíritu Santo socorre nuestra flaqueza... Él mismo ruega por nosotros con gemidos inenarrables.» [23]

El elemento esencial de la oración es el contacto sobrenatural del alma con Dios, en el cual

---

23. Rom., VIII, 26.— *El Espíritu Santo es el alma de nuestras oraciones; Él nos las inspira y hace que sean siempre admisibles. Catec. del Conc. de Trento,* 4.ª Parte, c. I, § 7.

el alma saca aquella vida divina que es la fuente de toda santidad. Este contacto se establece cuando el alma, elevada por la fe y el amor, apoyada en Jesucristo, se entrega a Dios, a su voluntad por un movimiento del Espíritu Santo: «El sabio se ocupa de mañanita en velar ante el Dios que le ha creado, y eleva sus oraciones ante el Altísimo.» [24]. Ningún raciocinio, ningún esfuerzo puramente natural puede producir este contacto: «Nadie puede decir: Señor Jesús, sino movido por la gracia del Espíritu Santo.» [25]. Este contacto se verifica en las oscuridades de la fe, pero llena el alma de luz y de vida.

La oración es, pues, el desarrollo, bajo la acción de los dones del Espíritu Santo, de los sentimientos que resultan de nuestra adopción divina en Jesucristo; y por eso debe ser accesible a toda alma bautizada, de buena voluntad. Además, Jesucristo invita a todos sus discípulos a aspirar a la perfección para ser hijos dignos del Padre celestial [26]; ahora bien, la perfección, prácticamente, no es posible si el alma no vive de la oración. ¿No resulta, pues, evi-

---

24. ECCLES, XXXIX, 6.
25. I COR., XII, 3.
26. MATT., V, 48.

dente que Cristo quiso que la manera de tratar con Él en la oración fuese fácil y al alcance de las almas más sencillas que le buscan con sinceridad? Por esto dejé dicho que la oración puede definirse: una conversación del hijo de Dios con su Padre celestial.

II

En una conversación, se escucha y se habla; el alma se entrega a Dios y Dios se comunica al alma.

Para escuchar a Dios, para recibir sus luces, hasta que el corazón se halle empapado en sentimientos de fe, de reverencia, de humildad, de ardiente confianza, de amor generoso.

Para hablarle, es preciso tener algo que decirle. ¿Cuál será el objeto de la conversación? Éste depende principalmente de dos elementos: *la medida de la gracia* que Jesucristo da al alma y el *estado de la misma alma.*

El primer elemento que debemos tener presente es, pues, «la medida de los dones de gracia comunicados por Cristo» [27]. Jesucristo, en

27. Ephes., IV, 7.

cuanto Dios, es dueño absoluto de sus dones: otorga su gracia al alma, como y cuando lo juzga aportuno; derrama en ella su luz cuando es del agrado de su soberana majestad; nos guía y lleva hacia su Padre por su Espíritu. Si leyeseis los maestros de la vida espiritual, veríais que siempre han respetado santamente esta soberanía de Cristo en la dispensación de sus favores y de sus luces; esto explica su extrema reserva al tratar de las relaciones del alma con su Dios.

San Benito, que fue un eminente contemplativo, favorecido con gracias extraordinarias de oración y maestro en el conocimiento de las almas, exhorta a sus discípulos a «entregarse con frecuencia a la oración» [28]; deja claramente entender que la vida de oración es de absoluta necesidad para encontrar a Dios. Pero cuando trata de reglamentar el modo de darse a la oración, lo hace con particular discreción. Presupone, naturalmente, que ya se ha adquirido un cierto conocimiento habitual de las cosas divinas, por medio de la lectura asidua de las Sagradas Escrituras y de las obras de los Santos Padres de la Iglesia. Tocante a la oración, se concreta a indicar primeramente cuál debe ser la disposición que

---

28. *Regla*, cap. IV.

ha de tener el alma en presencia de Dios al acercarse a Él, profunda reverencia y humildad [29], y quiere que el alma permanezca en presencia de Dios en espíritu de gran arrepentimiento y de perfecta sencillez; esta disposición es la mejor para escuchar la voz de Dios con fruto. En cuanto a la conversación misma, además de unirla íntimamente con la salmodia (de la que la oración no es más que la continuación interna), san Benito la hace consistir en impulsos cortos y fervorosos del corazón a Dios. «El alma, dice, siguiendo el mismo consejo de Cristo [30], debe evitar el mucho hablar; no prolongará el ejercicio de la oración a menos de ser arrastrada por los movimientos del Espíritu Santo, que mora en ella por la gracia.» Ninguna otra indicación expresa sobre la oración nos dejó el legislador de la vida monástica. Otro gran maestro de la vida espiritual, elevado a un alto grado de contemplación, y lleno de luces de gracia y experiencia, san Ignacio de Loyola dejó escritas algunas palabras, cuya profunda sabiduría no se podrá

---

29. Es de notar que el Patriarca de los monjes intitule el capítulo de la oración: "De la reverencia que se debe observar en la oración", cap. XX.
30. Matt., VI, 7.

apreciar lo bastante: «Para cada cual, escribe a san Francisco de Borja, aquella meditación será la mejor en la que Dios se le comunicará con más abundancia. Porque Dios ve y sabe lo que más y mejor nos conviene, y sabiéndolo todo, Él mismo nos señala el camino que debemos seguir. Mas para encontrarle debemos tantear el terreno antes de hacernos con el camino que nos conducirá a la vida sin fin, donde disfrutaremos de los dones más santos de Dios» [31]. Enseña, pues, el Santo que se debe dejar a Dios el cuidado de indicar a cada alma el mejor modo y manera de tratar con Él.

Santa Teresa, en varios pasos de sus *Obras*, inculca el mismo pensamiento: «Ya sea que un alma se ejercite poco o mucho en la oración, importa en extremo no tenerla demasiado, y tampoco tenerla, por decirlo así, como encadenada en un rincón» [32].

---

31. *Etudes,* 1905, I, págs. 567-68.
32. *Castillo interior.* 1.ª morada, cap. II. — Véase también *Vida escrita por ella misma,* principio del cap. XII, cap. XIII y cap. XXII, donde escribe: "Dios conduce a las almas por caminos y sendas muy distintas." Véanse también los caps. XVIII y XXVII, donde enseña cuán excelente oración es hacer compañía a Nuestro Señor en los diferentes misterios y entretenerse con Él en simples coloquios.

San Francisco de Sales no es menos reservado; veamos lo que dice; el texto es bastante largo, pero expresa bien la naturaleza de la oración, fruto de los dones del Espíritu Santo, y la discreción con que se debe regular: «No penséis, hijas mías, que la oración sea obra del espíritu humano; es un don especial del Espíritu Santo, que eleva las potencias del alma sobre las fuerzas naturales, para unirse a Dios por sentimientos y comunicaciones de que son incapaces el raciocinio y la sabiduría de los hombres. – Los caminos por los cuales conduce Él a las almas santas en este ejercicio (que es, sin duda alguna, el ejercicio más divino de una criatura razonable) son sorprendentes en su variedad y dignos de toda loa, pues nos llevan a Dios y bajo su guía; pero no debemos inquietarnos por seguirlos todos, ni mucho menos escoger alguno según nuestro propio parecer; el punto capital es reconocer el efecto de la gracia en nosotros, y serle fieles» [33].

Podríamos multiplicar semejantes testimonios, mas los alegados bastarán para demos-

---

33. *Resumen del espíritu interior de las religiosas de la Visitación,* explicado por San Francisco de Sales y recogido por Mons. Maupas.

trarnos que tanto los maestros de la vida espiritual invitan a las almas a darse a la oración, por ser un elemento esencial para la perfección espiritual, cuanto se guardan bien de imponer indistintamente a todas las almas un camino con preferencia a otro. Decimos «imponer»: ellos indican o recomiendan métodos particulares; todos tienen su valor, que hay que reconocer; todos encierran su utilidad, que se puede apreciar; ahora bien, querer imponer indistintamente a todas las almas el mismo método, sería desconocer la libertad divina, según la cual Jesucristo distribuye sus gracias, y las inclinaciones que hace nacer en nosotros su Espíritu.

En materia de método, el que ayuda a un alma puede molestar a otra. – La experiencia demuestra que muchas almas que tienen facilidad de conversar habitual y sencillamente con Dios, sacando mucho fruto, se verían torturadas si se las quisiese someter a tal o cual método. Cada alma, pues, ha de examinarse antes de imponerse a sí misma el mejor método de conversar con Dios; debe, por una parte, apreciar sus aptitudes, sus disposiciones, sus gustos, sus aspiraciones, su género de vida; tratar de conocer el impulso del Espíritu Santo;

apreciar sus adelantos en la vida espiritual; debe, por otra, ser dócil y responder con generosidad; a la gracia de Cristo y a la acción del Espíritu Santo. Encontrado el camino que más le conviene, después de varios tanteos inevitables en los principios, el alma debe seguirlo fielmente, hasta que el Espíritu Santo la lleve a otro camino; obrando así, llevará una vida provechosa, fecunda en bienes espirituales.

Otro punto, que considero muy importante y que guarda íntima relación con el precedente, es el de no confundir la esencia de la oración con sus métodos, sean cuales fueren, ayuden o no a hacer oración. – Almas hay que llegan a persuadirse de que si no siguen tal o cual método, no harán oración; hay en esto una confusión que puede acarrear graves cosecuencias. Por haber unido la esencia de la oración al empleo de tal método, tales almas no se atreven a cambiarlo, aun cuando reconocen que el que tienen les sirve de obstáculo o les es completamente inútil, o bien, lo que ocurre con más frecuencia, comprendiendo que les es molesto tal método, lo abandonaron sin reparo, y, junto con él, la oración, y esto con gran detrimento de su alma. – Una cosa es el método y otra la oración: aquél debe variar

según las disposiciones y necesidades de las almas; mientras que ésta (quiero decir, la oración ordinaria) permanece en su esencia siempre la misma para todas las almas; conversación mediante la cual el corazón del hijo de Dios se consuela y explaya ante su Padre celestial, y le escucha para agradarle. El método, sosteniendo al espíritu, ayuda al alma en su unión con Dios; es un medio, pero no debe ni puede llegar a ser, un obstáculo. Si tal método ilumina la inteligencia, enardece la voluntad y la lleva a entregarse a las inspiraciones divinas y a derramarse íntimamente en presencia de Dios, será buen método; pero no debe seguirse cuando contraría realmente la inclinación del alma, cuando la agita y aleja de todo progreso en la vida espiritual; ni tampoco cuando, a causa de los progresos del alma, viene ya a resultar inútil.

III

El segundo elemento que se debe tener presente para determinar el tema habitual de nuestras relaciones con Dios es el *estado del alma.*

Nuestra alma no está siempre en el mismo estado. Como es sabido, la tradición ascética distingue tres grados o estados de perfección: la vía purgativa, que recorren los principiantes; la vía iluminativa, en la que avanzan los fervorosos, y la vía unitiva, propia de las almas perfectas. Tales estados llevan esta denominación, según predomina en ellos, aunque no exclusivamente, tal o cual carácter: en uno, el trabajo de la purificación del alma; en otro, su iluminación, y en el tercero, su estado de unión con Dios. Claro está que la naturaleza habitual de los ejercicios del alma se diferencia según el estado en el cual se encuentra [34].

Hecha abstracción, pues, del impulso del Espíritu Santo [35] y de las aptitudes del alma, que empieza a recorrer los caminos de la vida espiritual, debe ejercitarse en adquirir por sí mismo el hábito de la oración. Pues, aunque el Espíritu Santo nos ayuda poderosamente en las

---

34. Trataremos con más extensión este punto en otra serie de conferencias; lo poco que aquí dejamos expuesto bastará, con todo, para hacer comprender nuestro pensamiento.

35. Se refiere en la vida de Santa Teresa que una joven novicia fue de tal manera asistida de la gracia divina, que desde los primeros días de su vida religiosa recibió el don de la oración. *Historie de Ste. Térèse,* según los BOLANDISTAS, t. II, pág. 70.

relaciones con nuestro Padre celestial, su acción no se produce en el alma independientemente de ciertas condiciones que resultan de nuestro ser. El Espíritu Santo nos lleva según nuestro modo de ser; somos inteligencia y voluntad, pero no amamos sino el bien que conocemos; no nos inclinamos sino hacia el bien reconocido como tal por nuestro entendimiento. Debemos, pues, para unirnos plenamente a Dios – ¿no es éste el mejor fruto de la oración? –, conocer a Dios tan perfectamente como nos sea posible. Por esta razón, dice santo Tomás: «Cuanto hace verdadera la fe, está ordenado a la caridad.» [36]

Al principiar, pues, a buscar a Dios, debe el alma atesorar principios intelectuales, y conocimientos de fe. ¿Por qué? – Porque sin ellos no encontrará qué decir, y la conversación degenerará en pura fantasía, sin fondo ni fruto, o se convertirá en un ejercicio enojoso, que pronto abándonará el alma. Deben reunirse primeramente aquellos conocimientos, y luego alimentarlos, renovarlos y aumentarlos. ¿De qué manera? – Hay que dedicarse durante cierto tiempo, ayudándose de algún libro, a la me-

36. *In Epist. I S. Pauli ad Timoth.*, cap. I, lect. 2ª.

ditación continuada sobre un punto cualquiera de la Revelación; el alma consagra un período más o menos largo, según sus disposiciones, a meditar los principales artículos de la fe, a fin de apreciarlos minuciosamente uno por uno; y así obtendrá por resultado, en estas consideraciones sucesivas, los conocimientos necesarios que le han de servir de base para la oración.

Ese trabajo, exclusivamente discursivo, no debe confundirse con la oración; no es más que un preámbulo, pero útil y necesario para iluminar, guiar, doblegar o sostener la inteligencia. La oración no comienza, en realidad, sino cuando, caldeada la voluntad, entra sobrenaturalmente en contacto, mediante el afecto, con el divino Bien, y se abandona a Él por amor, para agradarle, para cumplir sus mandatos y deseos. El asiento propio de la oración es el corazón; por eso se dijo de María que conservaba las palabras de Jesús *in corde suo,* en su corazón [37]; pues es en él, en efecto, en donde descansa esencialmente la oración. Cuando Nuestro Señor enseñaba a orar a sus discípulos, no les decía: «Os entretendréis en tales o

37. Luc., II, 51.

cuales raciocinios», sino más bien: «Manifestaréis los afectos de vuestros corazones de hijos.» Las peticiones que Jesucristo nos manda hacer, dice san Agustín, son el modelo de los deseos de nuestro corazón [38]. Un alma (y no es más que una conjetura) que limitase regularmente su trabajo al raciocinio intelectual, aun en materia de fe, no haría oración [39]. De aquí resulta que se encuentran almas, aun entre los

---

38. San Agustín, *Sermo* LVI, c. 3.

39. Así se expresa sobre este particular, Saudreau, cuyas obras ascéticas son bastantes conocidas; lo que va entre paréntesis lo añadimos nosotros: "Notémosolo bien, la súplica es la parte capital de la oración, o por mejor decir, la oración empieza con ella. Mientras el alma no se vuelve hacia Dios para hablarle — para alabarle, bendecirle, glorificarle; para deleitarse en sus perfecciones, para dirigirle sus súplicas, para entregarse a sus inspiraciones — puede, en verdad, meditar, pero no ora ni hace oración. Se encuentran personas que se engañan y pasan la media hora del ejercicio de la meditación *reflexionando,* sí, pero sin decir nada a Dios: y aun cuando a tales cavilizaciones hayan juntado deseos piadosos y generosas resoluciones, con todo, no han hecho verdadera oración; sin duda alguna, no sólo ha obrado el entendimiento, sino que también se ha conmovido el corazón, y se ha sentido impulsado hacia el bien con ímpetu y ardor, pero no se ha derramado en el corazón de Dios. Tales meditaciones, aunque no del todo inútiles, pronto producen cansancio y con frecuencia desaliento y abandono de tan santo ejercicio." *Los grados de la vida espiritual.* — Véase también R. P. Schrijvers, C. SS. R., *La bonne volonté,* II part., cap. I, *L'oraison.*

principiantes, que sacan más fruto de una simple lectura, entrecortada con afectos y suspiros del corazón, que de un ejercicio en el cual únicamente se ejercita la razón.

En este ejercicio, no podrán evitarse al principio ciertos «tanteos», mas para precaverse de las ilusiones de la pereza debe el alma necesariamente ayudarse del consejo de un director amaestrado.

IV

La experiencia, empero, demuestra que a medida que un alma progresa en los caminos de la vida espiritual, el trabajo discursivo del raciocinio va aminorándose. ¿Por qué? – Porque el alma, empapada en las verdades cristianas, no precisa reunir conocimientos sobre la fe; ya los posee, y no tiene otro trabajo que conservarlos y renovarlos por medio de santas lecturas.

De aquí resulta que el alma, así empapada y colmada de las verdades divinas, no necesita entretenerse en prolongadas consideraciones; ya es dueña de todos los elementos materiales de la oración; sin otra preparación, y sin el trabajo discursivo, que necesitan por lo regular

las que aún no han adquirido tales conocimientos, puede entrar en conversación con Dios.

Esta ley de experiencia no está exenta, naturalmente, de excepciones que las deben cuidadosamente respetar. Hay almas muy aventajadas en los caminos de la vida espiritual que ni saben ni pueden ponerse en oración sin ayuda de un libro; la lectura les sirve, por decirlo así, como de cebo o alimento; no deben, por tanto, abandonarla; otras almas no saben conversar con Dios si no es por medio de la oración vocal; habría, pues, inconveniente en aconsejarles otro medio; mas por lo general, es evidente que, a medida que el alma progresa en la luz de la fe y en fidelidad, la acción del Espíritu Santo toma mayores proporciones, y cada vez siente menos la necesidad de recurrir al raciocinio para encontrar a Dios.

Sucede esto sobre todo, y la experiencia lo demuestra, respecto de aquellas almas que tienen un conocimiento más arraigado y más desarrollado de los misterios de Cristo.

Véase lo que san Pablo escribía a los primeros cristianos: «Permanezcan en vuestros corazones y con abundancia las palabras de Cristo.» [40].

40. Col., III, 16.

El gran Apóstol deseaba esto a fin de que los fieles «se instruyesen y amonestasen mutuamente unos a otros con sabiduría». – Pero esta exhortación viene muy bien para nuestras relaciones con Dios. ¿Cómo?

La palabra de Cristo está contenida en los Evangelios, los cuales encierran, juntamente con las Epístolas de san Pablo y de san Juan, la exposición más sobrenatural, por ser inspirada en los misterios de Cristo. Allí encuentra el Hijo de Dios los mejores emblemas de su adopción divina y el ejemplar más directo de su conducta. Jesucristo se nos manifiesta en su existencia terrestre, en su doctrina, en su amor. Allí encontramos la mejor fuente para conocer a Dios, su naturaleza, sus perfecciones, sus obras: «Dios ha hecho brillar en nuestros corazones su claridad, que resplandece en el rostro de Jesucristo.» [41]. Jesucristo es la gran revelación de Dios al mundo. Dios nos dice: «Éste es mi Hijo muy amado, escuchadle.» Como si nos dijese: «Si queréis darme gusto, mirad a mi Hijo, visitadle; no os pido otra cosa, porque en eso estriba vuestra predestinación, en que seáis como mi Hijo.»

41. II Cor., IV, 6.

El camino para llegar a conocer a Dios es, pues, el mirar a Nuestro Señor y contemplar sus acciones; quien lo ve, ve por lo mismo a su Padre, ya que es uno con Él, y no hace sino lo que puede agradarle, ya que cada uno de sus actos es objeto de las complacencias del Padre y merece los propongamos también a nuestra contemplación. «Y veo claro, escribe santa Teresa, y he visto después que, para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad sacratísima en quien dijo Su Majestad se deleita. Muy muchas veces lo he dicho por experiencia: hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos. Ansi que vuestra merced, señor, no quiera otro camino, aunque está en la cumbre de la contemplación; por aquí va seguro. Este nuestro Señor es por quien nos vienen todos los bienes: Él lo enseñará; mirando su vida es el mejor dechado.» Y añade luego: «Mas que nosotras de maña y con cuidado nos acostumbremos a no procurar con todas nuestras fuerzas traer delante siempre, y pluguiese al Señor fuese siempre, esta sacratísima Humanidad, esto digo que no me parece bien y

que es andar el alma en el aire, como dicen; porque parece no trae arrimo, por mucho que le parece nada llena de Dios... Es gran cosa mientras vivimos y somos humanos traerle humano.» [42].

Cristo obró, pero también habló [43]. Sus palabras todas nos revelan los secretos divinos, y no habla sino de lo que ve. Sus palabras son para nosotros *espíritu y vida,* son vida de nuestra alma, no ya al modo de los sacramentos, sino en cuanto son luz que alumbra y vigor que nos sostiene. Las palabras y acciones de Jesús son otros tantos motivos de confianza y de amor, y principios de acción.

Veis por qué las palabras de Cristo deben «permanecer en nosotros», si han de ser, como deben, principios de vida; veis también por dónde resulta tan útil al alma que desea vivir de oración, leer y releer el Evangelio, seguir a la Iglesia nuestra Madre cuando nos representa los hechos y nos recuerda las palabras de Jesús en el correr del ciclo litúrgico... Al des-

---

42. SANTA TERESA, *Libro de la Vida.* Vale la pena leer por entero este magnífico capítulo para ver como deplora la Santa el haber malgastado tanto tiempo, sólo por no haberse dado en la oración a contemplar la Humanidad sagrada de Jesús.

43. ACT., I, 1.

correr ante nuestros ojos las etapas todas de la vida de Cristo, Esposo suyo y hermano mayor nuestro, la Iglesia nos propone fuente abundante donde el alma pueda alimentar su oración. El alma que sigue paso a paso a Nuestro Señor, tal como viene en la Liturgia, dispone por lo mismo de todos los elementos materiales que le son necesarios para la oración; en ella, sobre todas las cosas, es donde el alma fiel encuentra al «Verbo de Dios», y, unida a Él en la fe, alcanza la fecundidad sobrenatural, pues que la menor palabra de Jesús es para ella luz deslumbradora, venero de vida y de paz.

El Espíritu Santo es quien nos hace comprender la fecundidad de estas palabras. ¿Qué dijo Jesús a sus discípulos antes de subir al cielo? «Os enviaré el Espíritu Santo, y Él os recordará cuanto os tengo dicho.» [44]. En lo cual no ha de verse una vana promesa, porque las palabras do Cristo no pasan. Cristo, Verbo encarnado, nos dio su divino Espíritu del Bautismo. Él y su Eterno Padre nos le enviaron, porque el Bautismo nos hizo hijos del Padre y hermanos de Jesucristo. Su Espíritu mora en

---

44. JOAN., VII, XIV, 26.

nosotros [45]. Mas, ¿para qué está en nosotros ese Espíritu de verdad? Ya lo acabamos de decir: para recordarnos las palabras de Jesús. ¿Qué significa todo esto? Sucede muchas veces al contemplar las acciones de Jesús o sus misterios, al leer el Evangelio, al repasar una *Vida* de Nuestro Señor, o bien en el curso del año litúrgico, que se nos han pasado inadvertidos ciertos pormenores, a pesar de haberlos leído una y mil veces, hasta que un día la luz del Espíritu Santo se proyecta sobre ellos, y sólo entonces los notamos, siendo para nosotros una verdadera revelación, que nos abre amplios y nunca sospechados horizontes, los cuales nos descubren un nuevo mundo sobrenatural. El Espíritu Santo, a quien la liturgia llama «el dedo de Dios», *Digitus Dei* [46], graba y modela en el alma esa palabra divina, y perdura en ella como luz esplendorosa, como un principio de acción; y si el alma es humilde y atenta, siempre esa palabra divina va poco a poco obrando, aunque en silencio.

Si todos los días reservamos algún ratito, largo o breve, según los deberes de nuestro es-

45. *Ibíd.*, XIV, 17.
46. *Himno Veni Creator.*

tado, para conversar con el Padre celestial, para recoger sus inspiraciones y escuchar los llamamientos del Espíritu, sucederá entonces que las palabras de Cristo, las *Verba Verbi,* como dice san Agustín, serán cada vez más frecuentes e inundarán el alma con raudales de luz, abriendo en ella fuentes inagotables de vida. Así se cumplirá la promesa de Jesús, que dijo: «Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba; el que cree en mí, ríos de agua viva correrán de su vientre.» Y añade al punto san Juan: «Esto lo dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en Él» [47].

El alma a su vez, traduce constantemente sus sentimientos en actos de fe, de dolor y compución, de confianza y de amor, o de complacencia y de entrega a la voluntad del Padre celestial; se mueve en un ambiente del todo divino; la oración llega a ser su respiración y su vida; en ella vive habitualmente, y, por tanto, no ha menester esfuerzo para encontrar a Dios, aun en medio de las ocupaciones más absorbentes.

Los momentos que dedica diariamente al *ejercicio* formal de la oración, no son sino la

---

47. JOAN., VII, 37-38.

intensificación de ese estado habitual de dulce reposo y unión con Dios en que le habla interiormente y escucha su dulcísima voz.

Ese estado no es la mera presencia de Dios, sino un coloquio interior y amoroso, en que el alma habla a Dios con los labios, y, sobre todas las cosas, con el corazón; quedando siempre unida a Él, no obstante los múltiples quehaceres diarios. Hay no pocas almas sencillas, pero rectas, que fieles al llamamiento del Espíritu Santo, alcanzan ese estado tan deseable.

«¡Señor, enséñanos a orar!»...

V

Luego sucede que, a medida que el alma va allegándose al soberano Bien, empieza también a participar más de la simplicidad divina. En la meditación nos llegamos a formar algún concepto de Dios mediante aquello que nos dictan la razón y la Revelación; pero a medida que vamos adelantando en la vida espiritual, esos mismos conceptos se van simplificando, aunque esos conceptos no son el mismo Dios. ¿Dónde hallaremos a Dios tal cual es? – Unicamente en la pura fe. La fe es aquí

lo que la visión beatífica será en el cielo, donde veremos a Dios cara a cara, y tal como es.

La fe nos revela que Dios es incomprensible. Cuando, pues, hayamos llegado a ver que Dios rebasa infinitamente todas nuestras ideas, por sublimes que nos parezcan, entonces será cuando habremos alcanzado a entender algo de lo que es Dios. El concepto que de Dios tenemos, aunque analógico, nos manifiesta, con todo, algo de las *perfecciones* y *atributos* divinos; en la oración de fe entiende el alma que la *esencia* divina, tal cual es en sí, en su simplicidad trascendental, está muy por encima de todo cuanto se puede figurar la inteligencia, aun ayudada de la Revelación [48]. El alma prescinde de todo cuanto los sentidos, la imaginación y aun la misma inteligencia le representaban, para atender únicamente a lo que la fe le dicta sobre Dios. El alma ha progresado, ha pasado sucesivamente por la esfera de los sentidos y de la imaginación, del conocimiento intelectual y de los símbolos revelados, toca ya el velo del Santo de los Santos; sabe que Dios se le oculta tras ese velo como entre tinieblas; casi le toca, pero aún no le ve,

48. SANTO TOMÁS, I, q. XIII, a. 2, ad 3.

le palpa. En semejante estado de la oración de fe, el alma se acoge a Dios, con quien se siente unida no obstante las tinieblas que sólo la luz beatífica será capaz de disipar; gusta, sin variar mucho de afectos, de Dios, a quien tiene la dicha de poseer. «Sentéme a la sombra de Aquel que anhelaba, cuyo fruto es suavísimo a mi garganta.» [49]. Ha entrado ya en la oración de quietud, adonde se puede asegurar que llegan muchas almas cuando son fieles a la gracia. – Al irse haciendo a este género de oración y familiarizando con él, el alma encuentra en esa simple adhesión de fe, en ese abrazo de amor, el valor, la elevación interior, la libertad de corazón, la humildad y la entrega al beneplácito divino, que le son necesarios en el largo caminar por el santo monte, hacia la plenitud de Dios [50].

Luego, si así place a la Bondad Suprema, Dios mismo hará traspasar a esa alma las lindes ordinarias de lo sobrenatural para darse a ella en misteriosas comunicaciones, en que las facultades naturales, elevadas por la acción divina, reciben, bajo el influjo de los dones del

---

49. *Cant.*, II, 3.
50. *Epist.*, 130, c. 19.

Espíritu Santo, y, sobre todas las cosas, de los de entendimiento y de sabiduría, un modo de operación superior. Los místicos describen los diversos grados de esas operaciones divinas que llevan consigo a las veces fenómenos extraordinarios, cuales son éxtasis [51].

No podemos, en modo alguno, subir por nuestros propios esfuerzos a tal grado de oración y de unión con Dios, porque dependen únicamente de su libre y soberana voluntad. ¿Se los podrá al menos desear?

Si se trata de los fenómenos accidentales que acompañan a la oración, como son las revelaciones, el éxtasis y los estigmas, desde luego que no; pues habría en ello temeridad y presunción; mas tratándose de la substancia misma de la oración, esto es, del conocimiento puro, simple y perfecto que Dios da en ella de sus perfecciones; del amor encendido que se

---

51. Conocidísimos son ya de todos los recientes y, por muchos títulos, excelentes trabajos del abate SAUDREAU, *L'état mystique;* del R. P. POULAIN, S. J., *Les graces d'oraison,* del R. P. LAMBALLE, *La contemplation ou les principes de Théologie mystique;* de DOM LEHODEY, *Des voies de l'oraison mentale.* — Por citar alguna obra en castellano, mencionaremos la más reciente de todas, *La Oración mental,* por el R. P. CASIANO ROJO, benedictino de Silos.

sigue de ello en el alma, ¡ah!, entonces os diré que deseéis cuanto podáis poseer un alto grado de oración y gozar de la contemplación perfecta. – Porque Dios es el obrador principal de nuestra santidad; y en sus comunicaciones es cuando precisamente trabaja con mayor empeño; luego no desearlas sería no desear «amar a Dios con toda nuestra alma, toda nuestra mente, todas nuestras fuerzas y todo nuestro. corazón» [52]. Además, ¿qué cosa da a nuestra vida todo el valor que puede tener, quién fija -reserva hecha de la acción divina-, quién determina los grados de nuestra santidad? – Ya os he dicho que es la intensidad del amor con que vivimos y obramos.

Pues bien, prescindiendo por ahora de la acción directa de los sacramentos, ha de decirse que la pureza e intensidad de la caridad se beben con abundancia en la oración. Veis por qué nos es tan útil, y por qué es muy de desear, el subir a tan alto grado de oración.

Claro está que en esto como en todo hemos de someter nuestros deseos a la voluntad de Dios, pues sólo Él sabe lo que más conviene á nuestras almas; y aun cuando trabajemos

52. Marc., XII, 30.

siempre por ser fieles, generosos y humildes, para obedecer en todo momento a la gracia, aun cuando aspiramos llegar a la encumbrada perfección, con todo, conviene mucho no perder nunca la paz del alma, seguros de que Dios es harto bueno y sabio para darnos lo que más nos conviene.

VI

Volviendo ahora a la oración ordinaria, me queda por decir cuáles son las *disposiciones* de corazón de que ha menester para que sea fructuosa.

Para hablar con Dios es preciso *despegarse de las criaturas;* no hablaremos dignamente al Padre celestial, si la criatura ocupa ya la imaginación, el espíritu, y, lo que es más, el corazón; de ahí que lo primero, lo más necesario, lo indispensable para poder hablar con Dios, es tener limpia y pura nuestra alma.

Viene luego el recogimiento. El alma ligera, disipada y siempre distraída, el alma que no sabe ni quiere esforzarse por atar a la loca de la casa, no será alma de oración. Cuando oramos, no nos han de turbar las distracciones

que nos asalten, antes se ha de encauzar de nuevo el espíritu llevándole dulcemente y sin violencia al tema que debe ocuparnos, tomando aunque sea un libro.

¿Por qué son tan necesarios a la oración esta soledad, aun material, y ese desapego interior del alma? – Ya os lo dije antes con san Pablo; porque el Espíritu Santo es quien ora en nosotros y por nosotros. Y como su acción en el alma es sumamente delicada, en nada la debemos contrariar, so pena de «contristar al Espíritu Santo» [53], porque de otro modo el espíritu divino se callará. Al abandonarnos a Él, debemos, por lo contrario, apartar cuantos tropiezos puedan oponerse a la libertad de su actuación; debemos decirle: «Habla, Señor, porque tu siervo escucha» [54]; pero es de notar que esa su voz no se oye si no hay silencio en nuestra alma.

Hemos de permanecer siempre en aquellas disposiciones de que os hablé al tratar de la preparación a la comunión: no rehusar a Dios nada de cuanto nos pidiere, estar siempre dispuestos, como lo estaba Jesús, a dar en todo

---

53. EPHES., IV, 30.
54. I REG., III, 10.

gusto a su Padre [55]. Disposición excelente, por cuanto pone al alma a merced del divino querer.

Cuando decimos a Dios en la oración: «Señor, Vos sólo merecéis toda gloria y todo amor, por ser sumamente bueno y perfecto; a Vos me entrego, y porque os amo, me abrazo con vuestra santa voluntad», entonces responde el Espíritu divino, indicándonos alguna imperfección que corregir, algún sacrificio que aceptar, alguna obra que realizar; y, amando, llegaremos a descuajar todo cuanto pudiera ofender la vista del Padre celestial y a obrar siempre según su agrado.

Para eso se ha de entrar en la oración con aquella reverencia que conviene en presencia del Padre de la Majestad [56]. Aunque hijos adoptivos de Dios, somos simples hechuras suyas, y aun cuando se digne comunicarse a nosotros, no por eso deja de ser Dios infinitamente soberano [57]; la adoración es la actitud que cuadra mejor al alma delante de su Dios. «El Padre gusta de aquellos que le adoran en

---

55. JOAN., VIII, 29.
56. Himno *Te Deum.*
57. II. MACH., XIV, 35.

espíritu y en verdad.» Notad esas dos palabras juntas: «Padre... adoran.» ¿Qué otra cosa nos predican sino que, si bien somos hijos de Dios, no pasamos de ser criaturas suyas?

Dios quiere, además, que, mediante ese respeto humilde y profundo, reconozcamos lo nada que somos y valemos; los bienes que se alcanzan en la oración están precisamente subordinados a esta confesión, que es a la vez un homenaje a su poder y a su bondad. «Resiste Dios a los soberbios, mas a los humildes otorga su gracia.» [58]. Bien a las claras nos enseñó el Señor esta doctrina en la parábola del fariseo y del publicano.

Mas todavía debe abundar en mayores sentimientos de humildad el alma que ofendió a Dios por el pecado; en este caso, es preciso que manifieste la compunción interior con que lamenta sus extravíos, y que caiga de hinojos ante el Señor, cual otra Magdalena pecadora.

Nuestros pecados pasados y actuales miserias, no nos han de alejar atemorizados de Dios. Pero diréis, ¿quién tendrá cara para comparecer ante el divino acatamiento, sobre todo viéndose tan feo y tan ruin, y a «Dios tan grande,

---

58. JAC., IV, 6.

tan santo y tan perfecto?» Verdad que por nuestra propia cosecha estamos alejados del Padre, pero ya nos juntó á Él Jesús [59]. – «¡Soy un miserable!» Ciertamente, pero Cristo nos da también sus riquezas para presentarnos al Padre. – «¡He mancillado mi alma!» Pues ahí tienes la sangre de Cristo que le ha devuelto toda hermosura. Porque Cristo, y sólo Él, es quien suple a nuestro alejamiento, a nuestra miseria, a nuestra indignidad; en Él nos hemos de apoyar cuando oramos; Él, en la Encarnación, acortó la distancia que separaba al hombre de Dios.

VII

Es de tal importancia esto para las almas que aspiran a la vida de oración, que creo inútil insistir en ello.

Bien sabéis que entre Dios y nosotros, entre el Creador y la criatura media un abismo infinito. Dios sólo puede decir: « Yo soy el ser subsistente por mí mismo.» [60]. Todos los demás seres han salido de la nada. ¿Quién pon-

---

59. Ephes., II, 13.
60. Exod., III, 14.

drá el puente en este abismo? – Cristo Jesús, que es el mediador y el pontífice por excelencia; únicamente por Él podremos remontarnos a Dios. En esto está terminante la palabra del Verbo encarnado [61]: «Nadie va al Padre sino por Mí)»; como si dijera: No llegaréis a la Divinidad sino pasando por mi humildad; porque yo soy, no lo olvidéis jamás, yo soy el camino, el único camino». Sólo Cristo, Dios y Hombre, nos eleva hasta el Padre, y por ahí se ve cuánto importa tener fe viva en Él; y estamos ciertos de que, mediante esa fe en el poder de su humanidad divinal, podremos entrar en contacto con Dios, porque el Verbo, al unirse a nuestra naturaleza, nos unió a sí mismo en apretado nudo. Jesús nos guía, unidos a Él en gracia, al santuario inaccesible de la divinidad, en donde, como Verbo, existe desde la eternidad [62], y nos introduce consigo en «el Santo de los Santos» [63], como dice san Pablo.

Por Cristo somos hechos hijos de Dios [64]; merced también a Él, podemos obrar como tales hijos de Dios, y cumplir con los deberes que

61. Joan., XIV, 6.
62. Joan., I, 1.
63. Hebr., IX, 12.
64. Gal., IV, 4-5.

dimanan de nuestra adopción divina. Si, pues, nos queremos presentar a Dios en la oración como hijos adoptivos suyos, preciso será presentarnos con Cristo y por Cristo; antes de ponernos a orar, hemos de unirnos, siempre con la intención y el afecto a nuestro Señor, pidiéndole que Él mismo se digne presentarnos al Padre; hay que unir, pues, nuestras plegarias a las que Jesús elevaba desde este suelo, a aquella oración sublime que en calidad de mediador y pontífice prosigue allá en el cielo [65].

Ved como Nuestro Señor santificó de antemano nuestras oraciones con su ejemplo, «pues pasaba las noches en oración con Dios» [66]. San Pablo nos dice que ese divino pontífice, «en los días de su vida mortal, ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas» [67]. «Ahí tienes, cristiano, dice san Ambrosio al hablar de la oración de Cristo, ahí tienes el modelo que imitar» [68]. Jesús oró por sí mismo cuando pidió al Padre lo glorificara [69]; oró por sus discípulos, no para que se viesen libres del mal,

---

65. I Hebr., VII, 25.
66. Luc., VI, 12.
67. Hebr., V, 7.
68. *Expos. Evang. in Luc.,* lib. V. c. 6.
69. Joan., XVII, 5.

porque pertenecen por Él al Padre [70]; oró por todos cuantos habíamos de creer en Él [71].

Jesús nos dejó, además, una fórmula admirable de oración en el Padrenuestro, donde se pide todo cuanto un hijo de Dios puede pedir a su Padre que está en los cielos. – «¡Oh Padre!, santificado sea el tu nombre»; obre yo en todo para mayor gloria tuya, y sea ella el primer móvil de todos mis pasos. «Venga a nos el tu reino»; sed Vos siempre el verdadero amo y señor de mi corazón, y que en todo, sea para mí agradable o adverso, haga tu voluntad; pueda yo decir, como vuestro Hijo Jesús, que vivo para Vos. – Todas nuestras súplicas, dice san Agustín, debieran reducirse a esos actos de amor, a esas aspiraciones, a esos santos deseos que Cristo Jesús, el embeleso del Padre, puso en nuestros labios, y que su Espíritu, el Espíritu de adopción, repite en nosotros [72].

Es la oración por excelencia de todo hijo de Dios.

Mas no sólo santificó nuestro Señor con su ejemplo nuestras oraciones, no sólo nos dio

---

70. *Ibíd.*, 20.
71. *Ibíd.*, 20.
72. San Agustín, *Sermo.* LVI, c. 3.

de ellas un modelo, sino que las apoya con su crédito divino e infalible, porque nuestro Pontífice tiene siempre derecho de ser oído [73]; Él mismo nos tiene dicho que todo cuanto pidamos al Padre en su nombre, esto es, poniéndole como valedor, nos será otorgado.

Cuando nos presentemos a Dios, desconfiemos de nosotros mismos, pero sobre todo avivemos nuestra fe en el poder que Jesús, jefe y hermano mayor nuestro, tiene de introducirnos en la cámara de su Padre, que es también Padre nuestro [74]. – Porque si esta fe es viva, nos uniremos por lo mismo estrechamente con Jesucristo, y «Cristo que mora en nosotros por la fe» [75], nos sube hasta Él. «Quiero, Padre, que los míos estén conmigo donde yo esté» [76]. ¿Dónde esta Él? En el seno del Padre. Estamos por la fe donde Él está en la realidad; en el seno del Padre. «En Cristo, dice san Pablo, tenemos seguridad y entrada confiada con Dios [77]. Entonces comienza la comunicación; Cristo, por

---

73. HEBR., V, 7.
74. JOAN., XX, 17.
75. EPHES., III, 17.
76. JOAN., XVII, 24.
77. EPHES., III, 12.

su Espíritu, ora con nosotros y por nosotros [78]. – ¿Qué motivo más poderoso para atrevermos a comparecer confiados ante Dios? Si nos presenta Cristo, que nos mereció la filiación divina, señal cierta de que no somos ya huéspedes y advenedizos, sino hijos [79], podemos desde luego entregarnos a las expansiones de un amor tierno, que se hermana perfectamente con el respeto profundo; el Espíritu Santo, Espíritu de Jesús, combina con sus dones de temor y de piedad esos sentimientos de adoración rendida y de ilimitada confianza, que a primera vista parecen sentimientos reñidos, y da a nuestra actitud interior el carácter que conviene a nuestras relaciones con Dios.

Apoyaos, pues, en Jesucristo. Él nos tiene dicho: «Todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, yo mismo lo haré, a fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo» [80]. «Hasta hoy nada habéis pedido en mi nombre; pedid y recibiréis, de modo que vuestro gozo sea cumplido» [81]. Pedir en nombre de Jesús es pedir

78. HEBR., VII, 25.
79. EPHES., I, 19.
80. JOAN., XIV, 13.
81. *Ibíd.*, XVI, 24.

aquello que es conforme a nuestra salvación, viviendo unidos siempre con Él por fe y amor, como miembros vivos de su cuerpo místico. «Cristo, dice san Agustín, ruega por nosotros en calidad de Pontífice, y porque es nuestra Cabeza» [82]. Por eso, añade el Santo, no puede el Padre Eterno separarnos de Cristo, como no se puede separar el cuerpo de su cabeza; al mirarnos, ve en nosotros a su Hijo, porque formamos un todo con Él.

De ahí también resulta que al concedernos el Padre lo que le pide su Hijo, es «glorificado en su mismo Hijo», porque el Padre cifra toda su gloria en amar a su Hijo y en complacerse en Él. Dice santa Teresa que «mucho contenta a Dios ver un alma que con humildad pone por tercero a su Hijo» [83]. ¿Qué otra cosa hace la Iglesia, la Esposa de Cristo, al terminar siempre sus oraciones con el nombre de su divino Esposo, «que vive y reina en los cielos con el Padre y el Espíritu Santo»?

¿Qué alegrías tan puras no siente el alma que en esto piensa? Sin duda alguna; tendrá lucha en este mundo, y a veces muy recia, y

82. *Enarr. in Ps.* LXV, c. 1.
83. *Vida,* cap. XXII.

no alcanzará al punto todo lo que desea, «porque el hombre que siembra hoy, no espera para mañana mismo la cosecha», según frase de san Agustín [84]; mas entre tanto, se va perfeccionando poco a poco ese gozo íntimo dé sentirse hijo de Dios, gozo y confianza que serán un día colmados en la eterna bienaventuranza. Porque el alma que de veras se da a la oración, se va despegando más y más de todo lo terreno, para internarse en la vida de Dios.

Procuremos, pues, ser almas unidas con Dios por la oración; pidamos al Señor que nos conceda ese don preciosímo y manantial de todas las grandes gracias; pidámoselo en la medida que nos conviene a cada cual, según el plan que de nosotros al criarnos se trazó. Si perseveramos en esta demanda y respondemos además, en cuanto nos es dado, a las gracias que Dios nos otorga por Cristo, estemos seguros de que sólo así viviremos conforme al espíritu de nuestra adopción y se irá afianzando en nosotros la cualidad inestimable de hijos de Dios, «para gloria de nuestro Padre celestial y colmo de nuestro gozo».

---

84. *Tract. in Joan.*, 73, n. 4.

ÍNDICE

Importancia de la oración 3

I. Naturaleza de la oración 8

II. Doctrina de los grandes maestros de la vida espiritual 19

III. Distintas fases de la vida espiritual 26

IV. La comtemplación de los misterios de Cristo 31

V. La oración de fe 39

VI. Disposiciones indispensables para hacer bien la oración 44

VII. La unión con Cristo por la fe mediante la oración 48